



Es propiedad
de V. de Lalama.



BIBLIOTECA
DRAMATICA.



Se venden
Cuesta y Perez.

LA FLOR DE LA ESPERANZA.

Comedia en un acto, en verso, original de D. Francisco Botella y Andrés, para representarse en Madrid el año de 1857.

PERSONAGES.

CAROLINA.
ADELA.
DON LUIS.
DON TADEO.
EDUARDO.

Sala elegante: Puerta al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA.

ADELA, CAROLINA.

DE. Vamos, no pienses en eso.

AR. Y cómo no he de pensar, cuando es ese pensamiento quien me consuela no mas, y por mucho que yo haga nunca le podré apartar de mi memoria! Aquel tiempo de tanta felicidad para mi pasó, cual pasan las breves olas del mar, dejando en mi corazón mas de una herida mortal, que nada, nada en el mundo la puede cicatrizar!

Crees que este matrimonio, que es contra mi voluntad, debe causarme alegría, ni hacerme feliz jamás?

Crees que aunque yo consienta en esa boda, podrá el corazón resistir á tal desventura? Ya hace tiempo que la calma hicieron de aquí auyentar los pesares, y ha volado para no volver jamás!

AB. Y no me has contado nunca ese lance, que la paz robó de tu corazón y que forma tu pesar.

CA. Fué, si se quiere, una escena

bastante superficial, mas la grabó el corazón con harta profundidad. Era una noche de baile; cruzábanse sin cesar por el salón espacioso mil parejas; la ansiedad de la alegría reinaba por do quiera, y al compás de una orquesta deliciosa se lanzaban á bailar. Dulce la luz, el perfume de las flores, el brillar de las riquezas, que en torno venian á deslumbrar mi vista, me fascinaba, y en tranquila soledad meditaba recostada en un lujoso diván. Nadie reparaba en mi, y ni mis ojos jamás se fijaban en ninguno, ni ninguno ví fijar en los míos, hasta que de repente, sin dejar que mi oído percibiese sus pisadas, un galán de bella figura, airoso, y de elegante ademán, llegó galante á mi lado, y se atrevió á murmurar unas palabras, que al punto creí un cumplido casual, pero sus dulces miradas, su manera de espresar lo que sus labios llamaban una pasión ideal, vino sin yo saber cómo mi corazón á turbar... Rubor me cuesta decirlo, pero...

ADB. Te agradó el galán?

CAR. Es cierto. Desde aquel día

no le he vuelto á ver ya mas,
ni sé si me habrá olvidado,
ni si memoria tendrá
de aquella noche; yo guardo
su recuerdo...

ADÉ. Pero ya
ha pasado mucho tiempo.

CAR. Un año por carnaval.

ADÉ. Y el partido que tu tío
te propone...

CAR. Oh! no, jamás
podré convenirme á él;
y aunque tenga que aceptar
su proposicion, lo haré
sin ninguna voluntad.

ADÉ. Pues el partido es muy bueno.

CAR. Es rico, si, qué mas dá,
si la riqueza no puede
hacer la felicidad?

ADÉ. Ya tu tío se ha empeñado...

CAR. Y me ha dicho muy formal:
una de dos, ó te casas
con don Eduardo, ó has
de recibir por esposo
á tu mismo tío.

ADÉ. Ya...
no puedo tener la risa,
porque es muy particular
el lance; con que á elejir,
ó tu tío, ó el galán
consabido; no hay remedio,
por uno tienes que optar.
Don Eduardo es muy jóven...
y no podemos juzgar
por su figura, porque
no le hemos visto jamás;
pero es rico, y por muy malo
siempre debe valer mas
que tu tío. Viejo y jóven
para tu eleccion te dan,
elige jóven, que al cabo
no será tan grave el mal.

CAR. Y tu no me dices nada
de tus amores?

ADÉ. Ay! ya
voy perdiendo la esperanza,
porque su tardanza es tal
en declararse, que creo
que nunca hacerlo querrá.

CAR. Y es buen mozo?

ADÉ. Si, muy guapo.

CAR. Quisiera verle.

ADÉ. Estará,
como siempre, en esa esquina.
Se contenta con rondar
la casa, y aunque sus ojos
clavados siempre aqui están,
cuantas veces al balcon
me he decidido á acercar,
para ver si le animaba,
no deja de pasear.

CAR. Ay! es la voz de mi tío.

ADÉ. Pues me voy á retirar.
Hasta luego.

CAR. Vé con Dios.

ADÉ. Que él tenga de ti piedad.

ESCENA II.

CAROLINA.

Siempre me vá persiguiendo.
Cómo podria impedir...
Haré que estaba cosiendo. (*se sienta.*)
Santo cielo! ya está aqui!

ESCENA III.

DON TADEO, CAROLINA.

TAD. Ola! me alegro de hallarte
tan sola y entretenida;
mas pudiera molestarte
acaso con mi venida...

CAR. No señor, con la costura
me entretuve...

TAD. Ya, y estabas
meditando... Bá, pensabas
en tu cercana ventura?
Me alegro, me alegro mucho.
Oh! tu tío en los placeres
del amor está muy ducho...
yo conozco á las mugeres...
Jóven arrogante y bella
que medita y que suspira,
y sus ojos cuando mira
cubre el tinte del rubor,
y sobre su mustia frente
la palidez se ha marcado,
es que la paz le han robado,
que está muriendo de amor.
Si busca las soledades,
y con fervoroso anhelo
sus ojos eleva al cielo
con semblante encantador,
y entre sus negras pupilas
brota una lágrima bella,
es que la pobre doncella
se está muriendo de amor.
Y si el aróma le cansa
de las campesinas flores,
y al reparar sus primores
no le agrada su color,
ni del tranquilo arroyuelo
la corriente deliciosa...
es que la jóven hermosa
se está muriendo de amor.
Ni la plácida armonia
de las aves, ni en la tarde
cuando despiden el día
los trinos del ruiseñor;
si nada su mente inquieta,
mas que su oculta querella,
es que la jóven doncella
se está muriendo de amor.
Y no es que se me haga extraño
el creer en tal porfia;
tu alma, como la mia,
de fortaleza mayor
jamás debe hacer alarde,
pues, Carolina, en el mundo
ó mas temprano ó mas tarde
á todos hiere el amor.

CAR. Será exacta esa pintura,
mas á veces se confunde
la dicha con la amargura,
y el placer con el dolor.
Y si una jóven se encierra

en su oscuro gabinete,
sin que ya nada en la tierra
la quite su mal humor,
y que al levantar sus ojos
todos la causan enojos:
puedo ser tambien acaso,
que la fastidie el amor.
Y si al ver galan rendido
que entre suspiros y lloros
la ofrece ser su marido
con acento seductor...

Si ella pálida é inquieta
vuelve su rostro á otro lado...
es por cierto, bien mirado,
que la fastidia el amor.
Y si las flores le cansan,
y le incomoda el murmullo
de los rios, y el arrullo
del amante ruseñor,
y la luz de la alborada,
en su constante querella
dará á entender la doncella
que la fastidia el amor.
Y no os debe ser extraño
en creer en tal porfia,
vuestra alma como la mia
de una constancia mayor
jamás debe hacer alarde,
que si á veces se ama mucho,
ó mas temprano ó mas tarde
al fin nos cansa el amor.

TAD. (Bastante espresiva ha sido
su respuesta. Pues señor,
no sé si habrá comprendido
que estoy muriendo de amor.)

CAR. (Bastante directa ha sido
la intencion del buen señor.
No sé si habrá comprendido
que me fastidia su amor.)

TAD. Es decir, que en tu porfia
no podrá nunca á tu lado
vivir un ser adorado?

CAR. Quién dice que el alma mia
á una sincera pasion
no pudiera dar abrigo?
Acaso no va conmigo
un sensible corazon?
Pero corazon que sabe
amar solo á su manera,
y que no dará á cualquiera
de sus secretos la llave.

TAD. Es mucha tenacidad!
Si el partido que te he hecho
no puede dar á tu pecho
cual piensas, felicidad,
otro tambien te propongo
que te debe convenir,
y entre los dos elejir
puedes libre; no me opongo.

CAR. Mas no me agrada ninguno,
ya dos veces os lo he dicho.

TAD. Pues ese raro capricho
es por demás importuno.
No soy jóven, mas soy rico,
y siempre es caza buscada,
aunque esté el ave pasada,
si tiene de oro el pico.
Mi posicion... Yo mañana
puedo ser ministro acaso...

CAR. Por lo mismo no me caso;
porque no me dá la gana
de que si al cabo de un mes
malgasta usted el dinero
de la nacion...

TAD. Caballero...
digo... señora! no es
esa de usted la incumbencia.

CAR. Si, señor, es muy espuesto.
el llegar hasta ese puesto;
no quiero ser excelencia.

TAD. Es tu idea exagerada...

CAR. Si, será como usted quiera,
mas de ninguna manera
me ha de convenir.

TAD. Por nada
te decides?

CAR. No señor,
está mi pecho vacio,
y dice á usted, caro tio,
que me fastidia el amor. (vase.)

ESCENA IV.

DON TADEO.

Habrà atrevida! No sabe
que si quiero, puedo hacer
que se quede sin un cuarto?
Su padre, que en gloria es,
me dejó como tutor
de sus bienes, y podré
con una cuenta cualquiera
su herencia desvanecer.
Pues digo, cuentas á mi,
y de esta especie, cuando es
mi fuerte... No digo nada,
si yo sabré resolver...
Oh! no se quiere casar
con don Eduardo... Pché...
eso fué solo una intriga
que en mi magin inventé...
A Eduardo le guardo
para Adela; puede hacer
con ella un buen matrimonio.
Yo á Carolina sabré
convencerla, y en un dia
dos bendiciones... y amen.

ESCENA V.

DON TADEO, EDUARDO.

EDU. Don Tadeo!

TAD. Ola! Eduardo!
tanto bueno por aqui!

EDU. Hace un instante he dejado
el tren del ferro-carril,
para venir á abrazar
á usted y á ella.

TAD. Oh! si, si,
no sabes cuanto placer
me acabas de dar. Y di,
vendrás por supuesto pronto
á casarte?..

EDU. Oh! si, si,
lo deseo ya con ansia,
y aunque aun no conocí
á mi futura, la amo
con ardiente frenesí;
creo que del mismo modo

ella debe amarme á mi.
Oh! si, no hay muger ninguna
que no se deje rendir
á mi maña, á mis encantos...
ó qué sé yo; pero en fin,
el caso es que á todas rindo
con mirarlas y reir.

TAD. Demonio! Risa temible!

EDU. No la pueden resistir
las bellas.

TAD. Pues, Eduardo,
te pido un favor... por mi.
Yo tengo aqui dos sobrinas,
una la destino á ti;
delante de ella te dejo
cuanto quisieres reir,
mas delante de la otra
si es que me quieres á mi,
estáte mas serio y tieso
que una vara de medir.

EDU. Descuide usted, don Tadeo.
Cuando de Cádiz sali,
juré no amar á otra dama
que la que me aguarda aqui.

TAD. Bien, bien, entonces... tu cuarto
te tengo dispuesto alli.

EDU. Voy á quitarme este polvo,
que deseo al serafin
admirar que ha de encantarme
con sus hechizos. *Vivir
para amar siempre, y amar
para vivir.* Ved aqui
mi eterno y constante lema
en España y en Pequin.

(vase por la segunda puerta izquierda.)

ESCENA VI.

DON TADEO.

Ja... ja... me gusta el muchacho,
es vivo como una ardilla.
Van saliéndome las cosas
mucho mejor que creia.
A este le casaré
con Adela mi sobrina;
á él lo mismo le dá...
y asi queda Carolina
libre y para mi, no hay duda;
siempre el talento se indica
en quien pretende á ministro
subir, y que ya administra
como un ministro de hecho
el caudal de sus sobrinas.
Voy á disponerlo todo.
Oh! patria! Si en algun dia
te se ofrece una cabeza,
manda á casa por la mia.

ESCENA VII.

DON LUIS, por el foro.

Oh! no hay remedio; me lanzo
con esperanza ó sin ella,
y maldeciré mi estrella
si por mi mal nada alcanzo.
Aqui vive; si, no hay duda,
pero jamás la paloma
á las ventanas se asoma,
ni el rayo del sol saluda.

Siempre por su calle vago
para poder admirar
su rostro bello, y gozar
de su mirada el alhago;
mas nunca sale; no importa,
me decidi, y aqui estoy;
no tengo duda, ahora voy
por la distancia mas corta.

ESCENA VIII.

DON LUIS, CAROLINA.

CAR. Ah!

LUIS. Señora!..

CAR. Caballero...

LUIS. Perdone usted si atrevido
hasta sus pies he venido.
Usté, quizá, á lo que infiero,
no recordará...

CAR. Oh! si, si.

LUIS. Recuerda usted? Oh! alegría!
Me anunciaba el alma mia
que se acordaba de mi!
Pues bien, señora, una noche
gocé la ilusion querida...
que miré desvanecida
junto al estrivo del coche
en que usted partió; anhelaba
volverla á encontrar, y ahora
que hallé esta dicha, señora,
de su recuerdo dudaba.

CAR. Ah! tambien mi corazon
de entonces late intranquilo,
y en los temores vacilo
de una constante pasion.

LUIS. Pues ya que mi atrevimiento
me trajo de usted al lado,
no habiéndome sido dado
antes de hoy este momento,
quiero no pueda dudar
cuanto mi pecho la adora,
y saber de usted, señora,
si tambien me puede amar.

CAR. Pero yo no sé si debo...

LUIS. Señora... por qué el temor?
Debe usted, cuando mi amor
con mi constancia le pruebo.

CAR. Usted amó antes de ahora?

LUIS. Acaso se estrañará!..
Y usted no lo creerá
si digo que no, señora.

CAR. De veras?

LUIS. Cosa es notoria!

Con mi primera pasion
la que me dá el corazon
quiero que sepa mi historia.
De la ambicion perseguido,
por llenar el alma mia,
tomé el viajar á mania
y medio mundo he corrido;
en él, señora, he encontrado
lo que á todos les alcanza;
irme lleno de esperanza
y volver... desengañado!..
Los viajes me han servido,
despues de un afan profundo,
para despreciar el mundo
porque el mundo he conocido;
pues ese caos inmenso,

que por desgracia he cruzado,
en el pecho me ha dejado
de dolor recuerdo intenso!..

En él perdí la quietud,
y embotados mis sentidos,
pasé los años floridos
de la bella juventud.
Luego solo ví falsía,
torpes mentiras y amaños...
en fin, no cuento treinta años
y la soledad me hastia.

CAR. (A dónde irá el buen señor?..)

LUIS. Combatido de ilusiones,
probé todas las pasiones
menos la pasión de amor.
Fui torpe con la muger,
seductor, espadachin,
jugador... Señora, en fin,
fui todo cuanto hay que ser.
Esta confesion que arranca,
Carolina, una pasión,
no dude usted, es confesion
tan sincera como franca.
Solo el amor en mi pecho
no entraba nunca; en el mundo
de amar con amor profundo
no se saca gran provecho;
por eso allí nunca amé,
pero de él ya retirado,
amar bien y ser amado
necesitaba... y busqué!
Era la sola ilusion
que quedaba ya en mi vida,
la única hoja prendida
en la flor del corazón!

Quise una muger, si cabe,
para hacerla muy dichosa,
tan bella como una rosa,
y tan pura como un ave.

CAR. (Y ella sin duda yo fui.)

LUI. La busqué con ansiedad,
es difícil, en verdad,
pero hallarla conseguí.
Yo la miré con amor,
y ella mi amor comprendía,
mas ay! unidos sentia
la esperanza y el temor;
porque como el crudo viento
de la inclemente fortuna,
fue marchitando una á una
tantas hojas con su aliento,
temia que se arrancase
la que quedaba prendida,
y una vez ella caida
mi corazón se agostase!
Ya que sabe usted mi historia
su rigor no me acobarda,
y ya que usted siempre guarda
de mi recuerdo memoria,
me sobra la confianza,
y digo á usted, bella flor,
que en el jardín de mi amor,
es la flor de la esperanza.

CAR. Bien el acento de usted
sabe espresar lo que siente,
y si el acento no miente...

LUIS. Señora...

CAR. Contestaré.
Entre aves y entre flores

mi vida se deslizaba,
y á la senda me acercaba
de los risueños amores.

Jamás palabra importuna,
ni pensamiento alhagueño
de amor turbaba mi sueño,
tranquilo como en la cuna.

Era eterna mi ventura,
y vivia sin dolores,
hermosa como las flores,
y como las aves, pura.

Un galán junto á mi un día
murmuró... acaso un cumplido,
mas quién dijera que herido
en mi corazón habia!

De entonces huyó la calma
que gozaba eternamente,
y se marchitó mi frente
y se entristeció mi alma.

Era que mi corazón
á un mundo nuevo se abria,
era que el fuego sentia
de la primera pasión;

y triste y acongojada,
la imágen de aquel galán
calmaba solo mi afán
siempre en mi pecho grabada;

y en medio de mi ternura,
aquella imágen querida
era el imán de mi vida
era mi sola ventura!

Ella en plácida bonanza
me presta aliento y valor,
y en el jardín del amor
es... la flor de la esperanza!

LUIS. Oh! dicha! Al lado de usted
se calmará mi porfia.

CAR. También junto á usted la mia
calmada por fin veré.

LUIS. Permita usted que en mi anhelo
bese esa mano adorada,
y entre una dulce mirada
suba nuestro amor al cielo! (*besándola la mano.*)

ESCENA IX.

Dichos, EDUARDO por la segunda puerta de la izquierda,
ADELA por la primera de la derecha sin ser vista.

EDU. Ah!

ADE. Cielos! él, ella! (*ap., y se retira.*)

CAR. (*á Luis.*) Vete.

LUIS. (*á Carolina.*) Te obedezco. Adios, señora.

EDU. (*He llegado á buena hora.*)

LUIS. (*Quién será este mozalvete?*)

ESCENA X.

CAROLINA, EDUARDO.

EDU. Siento haber interrumpido...

CAR. Caballero... yo no sé...

EDU. Ah! sin duda ignora usted...

Soy Eduardo; he venido
á casarme, segun creo;
mas si usted es la prometida,
me han ganado la partida,
señora, por lo que veo.

CAR. Yo nada sé...

EDU. (*Ah! si, ya caigo,
esta es la otra.*) Señora,

perdone usted, me distraigo muy amenudo... y ahora...
(Don Tadeo me ha advertido que esté serio, y á fé mia que si me rio, es sabido que al instante se rendia. Nada, la abandonaré, aunque en sus ojos ya leo...) Voy á ver á don Tadeo. Señora, á los pies de usted.

ESCENA XI.

CAROLINA.

Se marcha! Cielos! Qué es esto?
Oh! qué dicha, si renuncia á esta boda, no hay remedio, sin obstáculo soy suya. Pero mi tio... qué haré? Si mi entrevista le acusa, querrá... pero no, no importa, estoy decidida, y nunca de un enlace que detesto me doblaré á la coyunda.

ESCENA XII.

CAROLINA, ADELA.

ADE. (Infames! Los dos estaban aqui!
Hipócrita y falsa burlóse de mi...
Y yo, que inocente mi pecho le abri, sin ver que ella, astuta, sabia fingir!)

CAR. Ay! Cielos! Adela, estabas aqui!
No sabes, querida, que soy muy feliz?

ADE. Comprendo, comprendo tu dicha sin fin, mas puede esa dicha quizás concluir.

CAR. Tu acento me admira!

ADE. Lo debo decir; aqui hace un momento con otro te vi.

CAR. Si, si, Adela mia, mi amante Luis.

ADE. Tu amante! Por Cristo, que me haceis reir!
Ese hombre á esta casa se acerca por mi.

CAR. Qué dices?

ADE. Y á verme tal vez vino aqui.

CAR. Deliras, Adela.

ADE. Deliro! No asi hablaras, si vieras cual le hago sufrir. Sus ojos risueños los miro cubrir, al verme, de un tinte de rojo carmin. Sus dulces miradas que vagan sin fin, me dicen... me dicen que muere por mi!

CAR. Te engañas, Adela; capaz de fingir no ha sido en su vida mi amante Luis. Sus dulces palabras, el fuerte latir del pecho que guarda tesoros sin fin de amores, que á mi sola me quiere rendir, me dicen, Adela, que muere por mi.

ADE. Oh! tanto no creas que pueda sentir, su pecho anhelante amores por ti; sus ojos no mienten yo, sola, los vi de lágrimas puras y amantes cubrir; por eso al mirarle el alma le di, y estoy convencida que muere por mi.

CAR. No en vano lo creas, Adela, que aqui juróme hace poco amores sin fin; ni acaso su pecho jamás fijó en ti, ni sabe que el tuyo por él late así. No en vano lo creas, que alegre y feliz me ha dicho, hace poco, que muere por mi!

ADE. Veremos quién vence.

CAR. Acepto la lid.

ADE. Tu esposo ha llegado.

CAR. Tendrá que partir.

ADE. Tu tio lo manda.

CAR. Y quién manda aqui? (al corazon.)

ADE.Cuál es tu intento?

CAR. Amarle sin fin.

ADE. Y crees segura...

CAR. Que muere por mi!

ESCENA XIII.

ADELA.

Oh! si es cierto! El me miraba, no hay duda, pero en verdad que no puedo comprender esta entrevista. Es casual, ó ha sido de Carolina siempre constante galan? Oh! yo lo averiguaré, y si otra vez se ven... Quién podrá enterarme, quién?

ESCENA XIV.

ADELA, EDUARDO, con una rosa en la mano.

EDU. Yo, Adela; á los pies de usted.

ADE. Ah!

EDU. (Bellísima criatura! El tio me manda aqui á que me declare. Oh! si, esta es mi cara futura.)

ADE. Usted...

EDU. Perdon, señorita,
si pequé de descortés.
Vengo á poner á sus pies
esta flor... medio marchita.
La ha marchitado mi amor,
mas si usted la admite ahora,
volverá otra vez, señora,
á estar lozana la flor.
(No ha sido mala la entrada,
y en tan empenada liza,
si la largo una sonrisa
queda al punto conquistada.)
Hermosa Adela, muy ufano
de ver á usted... á lo que infiero
usted sabrá...

ADE. Caballero...

EDU. Oh! qué?

ADE. Beso á usted la mano.

ESCENA XV.

EDUARDO.

Demonio! Adela se ha ido.
Oh! no llevo á comprender...
Pues por mas que me he reido
no la he podido vencer.
Si estaria equivocado
y es la otra... no me atrevo...
no, pues de aqui no me muevo.
(viendo á Carolina.)
A buena hora ha llegado.

ESCENA XVI.

EDUARDO, CAROLINA.

CAR. Cielos!

EDU. Señora, impaciente
por ver á usted me encontraba.

CAR. (Yo vine, porque ignoraba
que él estuviese presente.)
Y bien?

EDU. Lo que aqui me pasa
no me lo esplico, señora;
aun no hace media hora
que yo he llegado á esta casa,
y no sé... En fin, es preciso
que usted me explique... yo vengo
para casarme... y yo tengo
que cumplir mi compromiso.

CAR. Pues por el mismo camino
salir de Madrid pudiera;
yo de ninguna manera
cederé á tal desatino.

EDU. Señora!

ESCENA XVII.

Dichos, LUIS.

LUIS. (Vuelvo á buscar...
Otra vez! Ya me encocora...)
(reparando en Eduardo.)

EDU. Pues no hay remedio, señora,
yo me tengo de casar.

LUIS. Qué dice?

EDU. A usted quién le llama?

LUIS. Sepa usted que yo no gusto...

EDU. Yo hablo con esta dama.

CAR. Que escucha muy á disgusto.

EDU. Y el fuego que por mi mal
arde aqui...

CAR. No quemará;
arrójese usted al canal
y alli se le apagará. (vase.)

ESCENA XVIII.

EDUARDO, LUIS.

LUIS. Caballero!

EDU. Caballero!

LUIS. Comprendo que uno de dos
está aqui de mas.

EDU. Infiero
que ha de ser usted, por Dios.

LUIS. Tendrá usted al fin que batirse,
uno ha de morir mañana.

EDU. Pues ya puede usted morirse
cuando le diere la gana.
No faltaba mas, que yo
cuando en mi risa un tesoro
poseo, por un—te adoro—
fuera á batirme? No, no.
Cuando blancas y morenas
tengo, sin duelos ni agravios,
las mugeres... á docenas
solo con abrir los lábios?

LUIS. Aunque cualquiera muger
á usted rinda sus favores,
por eso no he de perder
el fruto de mis amores.

EDU. (Cielo santo! qué he escuchado!
Unos amores con fruto!
Ay! de buena me he librado;
vaya si el tio es astuto!)
Caballero, por mi honor
le juro que no hubo arte...
Disfrute usted de su amor,
que yo renuncio mi parte.

LUIS. Voy á verla sin tardanza,
para decirle á su tio,
que su amor... del pecho mio
es la mas bella esperanza!

ESCENA XIX.

EDUARDO.

Por Cristo que me han dado
pesada broma!
Cazada en otras redes
va la paloma.

Asi son ellas!
Fíese usted incauto,
de las doncellas!

Buques que al mar se lanzan
á toda vela,
y cuando el puerto miran
virando entran,
y tan veleros,
que nunca necesitan
usar los remos.

Pobres de los que fian
en las alevés;
que donde menos piensan
salta la liebre.

Asi son ellas!
Fíese usted, incauto,
de las doncellas!

ESCENA XX.

EDUARDO, DON TADEO.

TAD. Oh! gran noticia; ahora mismo me la acaban de traer; antes de veinte y cuatro horas ministro al cabo seré.

EDU. No las tengo yo tan buenas para dárselas á usted.

TAD. Qué ha sido?

EDU. Que su sobrina es una mala muger.

TAD. Caballero!

EDU. No hay remedio, por mas que lo sienta usted. La que tiene unos amores que no autoriza la fé de nuestra Iglesia, y amores que han sido ya al parecer mas que amores...

TAD. Caballero!

EDU. Todo probarlo podré.

ESCENA XXI.

Dichos, LUIS, CAROLINA.

LUIS. No necesita usted hacerlo, porque yo mismo lo haré.

TAD. Qué, qué es esto? Qué manejo ha habido aqui?

LUIS. Que ha querido su sobrina un buen marido, porque usted ya está muy viejo...

TAD. Tiene usted muchos ribetes de pedante, caballero, y me ha hecho, á lo que infiero, un juego de cubiletes.

LUIS. Escuche usted; yo la amaba con todo mi corazon; es mi primera pasion y en ella mi dicha estaba.

TAD. Es decir, que...

LUIS. Que no tuerza nuestras horas mas serenas. Si usted lo consiente, á buenas, y si no quiere... á la fuerza.

TAD. (Vaya una eleccion bonita que me deja en este instante el intempestivo amante de mi buena sobrinita! Digo, si en un tres por dos cuando yo llegue á subir al ministerio, á elejir me dan asi, vive Dios que lucirá mi gobierno!)

LUIS. De padre hace usted con ella; no desoiga su querella y admítame por su yerno.

TAD. En fin, y qué hemos de hacer? Y usted? (á Eduardo.)

EDU. Quién, yo?..

TAD. Si señor.

EDU. Yo... me quedo sin amor.

ESCENA XXII.

Dichos, ADELA.

TAD. Espere usted, aun hay muger.

ADE. Qué?

EDU. Yo la vengo á pedir...

TAD. Tu prima ya la he casado.

ADE. (Era ella! Me he engañado! Debo entonces admitir.)

Esta es mi mano. (á Eduardo.)

EDU. (Triunfé

en la complicada liza;

no hay duda, con mi sonrisa

su corazon conquisté!)

CAR. Y usted? (á don Tadeo.)

TAD. Yo! Tambien me espera un casamiento.

CAR. Es verdad?

TAD. Me caso... con la cartera por toda una eternidad.

LUIS. (á Carolina.) Por fin entre las nubes

brilló la aurora,

y el sol de la ventura

risueño asoma;

y tus amores

vienen á abrir la tumba

de mis dolores!

Brotó tierna y lozana

la flor marchita,

de tu cariño el riego

su tallo anima,

que en la bonanza,

jamás la flor se agosta

de la esperanza!

CAR. De la muger la vida

de amores llena,

solo endulzar los dias

del hombre anhela,

y en su delirio,

consuela sus pesares

con el cariño.

Si un dia la desgracia

de amor se llora,

el sol de nuestra dicha

despues asoma;

que en la bonanza,

jamás la flor se agosta

de la esperanza!

FIN.

MADRID, 1857.

IMPRESA DE VICENTE DE LALAMA.

Calle del Duque de Alba, 13, bajo.

Gobierno de la provincia de Madrid.— Puede representarse.— El censor: Pablo Yañez.